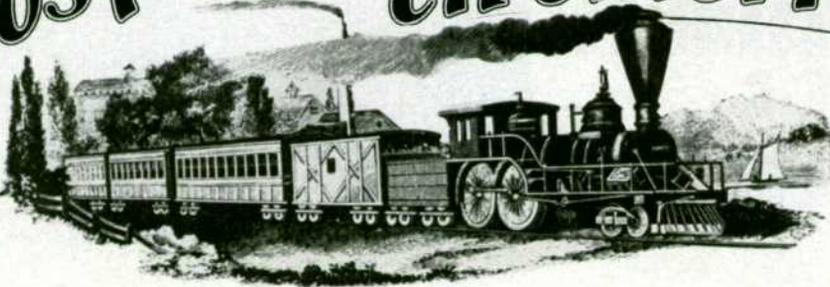


Los pecados capitales en el ferrocarril



Por FERNANDO DIAZ-PLAJA

y 7. LA ENVIDIA

LA diferencia de clases es lógicamente la semilla de la envidia, y los que se escandalizan de ello son normalmente quienes van en la clase superior o más cara, y no los otros. El punto de vista fijo de un ciudadano es siempre hacia arriba y no hacia abajo. Cuando había tercera, segunda, primera y coche-cama, el que viajaba en segunda jamás se fijaba en cómo iban de mal los de tercera, sino en lo repantigados que viajaban los de primera y éstos, a su vez, ni miraban a los habitantes de segunda, obsesionados por lo cómodos que estaban los del coche-cama.

Las palabras primera, segunda y tercera

llegaron a tener un valor simbólico; igual que se dice carne o espectáculo "de primera", se habló de gente "de primera", superior oficialmente a la de segunda, y de ahí la conocida "plancha" de aquel periodista que dio la noticia de una catástrofe ferroviaria con este increíble texto: "Afortunadamente, todas las víctimas han sido de tercera", refiriéndose a la clase en que viajaban; en el fondo, ese periodista no era culpable. Desde niño había sido programado para creer que efectivamente tenía más valor la vida de un señor que iba en primera que el que circulaba en tercera.

Parece que es difícil evitar que en los fe-

rocarriles existan vagones distintos con asientos de precio diferente. Porque en la Europa del Este, donde oficialmente no hay clases sociales, siguen existiendo asientos de tren que son más caros y por ello más cómodos que otros, aunque, para evitar la horrible denominación capitalista de "primera" y "segunda", los llaman "de asiento blando" y "de asiento duro". Con ello sigue existiendo la misma diferencia, porque, como se sabe, en los países comunistas han variado la nomenclatura, pero no el espíritu de las cosas. Las clases dirigentes de la URSS, por ejemplo, no son, como en la Rusia zarista, los más ricos o más nobles, sino los más elevados en la jerarquía política del sistema. En vez de plutócratas se llaman burocratas, pero sus prerrogativas — mejor comida en tiendas especiales, automóviles, casas de campo, servicio... — siguen siendo propiedad de ellos solos y no de las masas..., eso y viajar en asiento blando.

El Occidente, como se sabe, ha ido suavizando las brutales diferencias de principios de siglo; los asientos duros han desaparecido en los trenes y, suprimida la tercera, los de segunda pueden arrellenarse como los de primera sobre asientos muelles. Y se ha suprimido la tercera porque el nombre resultaba hiriente al resultar asociado con la humildad y el mal trato. En los barcos, donde, por conveniencias de espacio, sigue existiendo, especialmente para los emigrantes, al ver que no podían suprimir, le han cambiado el nombre. Eso también se hace mucho en los Gobiernos para satisfacer a la gente sin llegar a la ruptura del sistema. Y así, en las travesías a América, se puede ir en primera, en segunda o en... turística. Dado que generalmente en esa clase van familias enteras que se desplazan a otro continente, desesperados para buscar una vida menos difícil, el llamarles turistas resulta al menos un poco sarcástico.



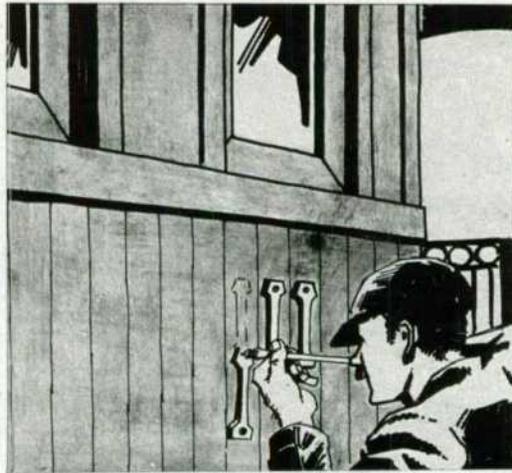
"La diferencia de clases es, lógicamente, la semilla de la envidia".

SUPRIMIDA, o al menos atenuada así la diferencia entre los seres humanos, sólo queda la que se deriva de la misma calidad humana, es decir, de las diferencias personales. Y ahí la envidia de los trenes, como cualquiera de los pecados que se basan en la comparación de seres, tiene más posibilidad de manifestarse por la simple razón de que la observación es más larga y seguida. Por ejemplo, si un hombre se cruza en la calle con otro que acompaña a una mujer espléndida, el impacto de su vista será mínimo porque mínimo es el tiempo que ha tenido para verlos. Pero si esa pareja permanece durante horas a la misma altura de su butaca, la observación será larga y tendida y, por tanto, la herida que sufre el envidioso se irá enconando a medida que vaya apreciando que: a) ella es mucho más guapa que su propia novia o mujer; b) que además es elegante; c) y simpática. Todas esas observaciones positivas se transforman en el caso del envidioso en otras observaciones negativas sobre el feliz acompañante de esa chica, que le resulta a) feo; b) sin clase; c) petulante, que presume de compañía tan bella, y por todo eso, a), b), c), totalmente odioso.

La envidia puede manifestarse también de pareja a pareja cuando su comportamiento afectuoso, amables, riéndose juntos, haga más clara, para quienes los observan dos asientos más allá, la diferencia de esa situación con la propia, llena de resentimientos, peleas y gritos. Naturalmente, cuando el envidioso es verdaderamente envidioso, no se para nunca a pensar que, a lo mejor, no se trata de gente más afortunada, sino sencillamente de gente más comprensiva; que no es que aquel hombre y aquella mujer sean perfectos, sino que cada uno de ellos admite mejor las imperfecciones del otro (lo que, en el fondo, es la auténtica base de la felicidad conyugal). No; el envidioso reacciona diciendo para sí que unos nacen con suerte y otros sin ella, y, como natural consecuencia, surge el odio hacia quien ha dispuesto desde su nacimiento de un favor más grande de la diosa Fortuna.

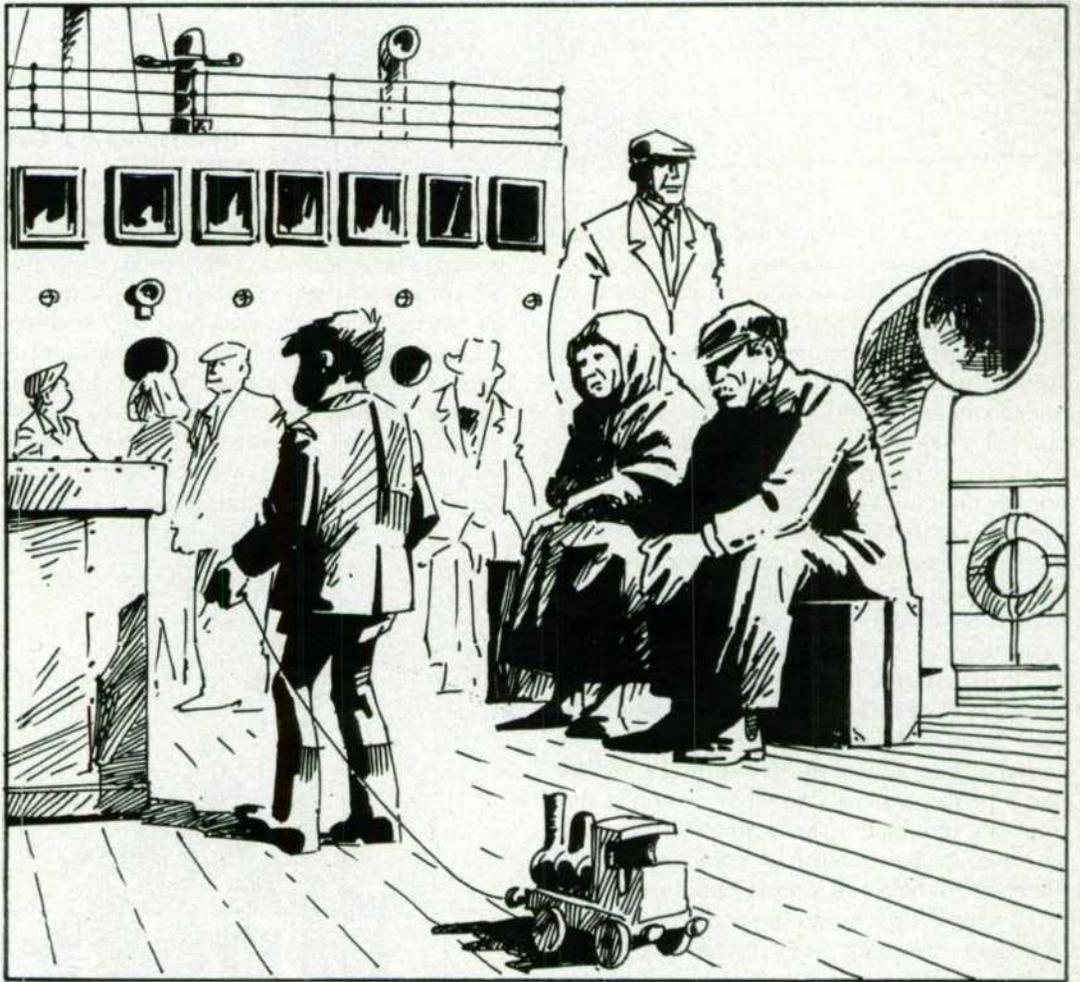
En el capítulo de la lujuria dije que un largo tiempo juntos permite aumentar las posibilidades amorosas al descubrir nuevos detalles que hicieran más "amable" (es decir, capaz de ser amada) la persona estudiada; igual en la envidia; el sentimiento de irritación ante la superioridad de otros (auténtica o soñada, porque el envidioso, a veces, es masoquista e inventa virtudes ajenas para hacerse más daño a sí mismo) tiene más posibilidades de manifestarse a lo largo de más horas de observación prácticamente obligada.

... Por la observación o por la conversación. Porque el compañero de viaje puede ser el perfecto auditor para que el envanecido cuente su historia y la llene de triunfos, despliegue cantidad de éxitos industriales, describa los coches que tiene o las conquistas que hace, mientras que la señora puede presumir de lo bien que se ha casado su hija, de lo guapa que es, de lo que la quiere el yerno, de lo maravillosos que son sus niete-



"Suprimida la tercera..."

de los casos de envidia se deben a la credulidad, es decir, a aceptar como buena la versión que de sus triunfos hace el que esté en el uso de la palabra, sin darse cuenta de que esa descripción está fundada muy a menudo en la vanidad del vecino, que le lleva fácilmente a la exageración..., por no llamarle falsedad. De ahí sale la historia en que el paciente se quejaba a su médico: "Tenemos con un grupo de amigos una tertulia y yo estoy preocupado, doctor. Resulta que mis amigos son de mi misma edad y yo me siento lleno de envidia cuando cada uno describe sus noches llenas de vigor sexual. Y yo tengo que callarme siempre, porque apenas puedo hacer el amor cada diez o doce días, mientras que ellos, según explican, lo hacen



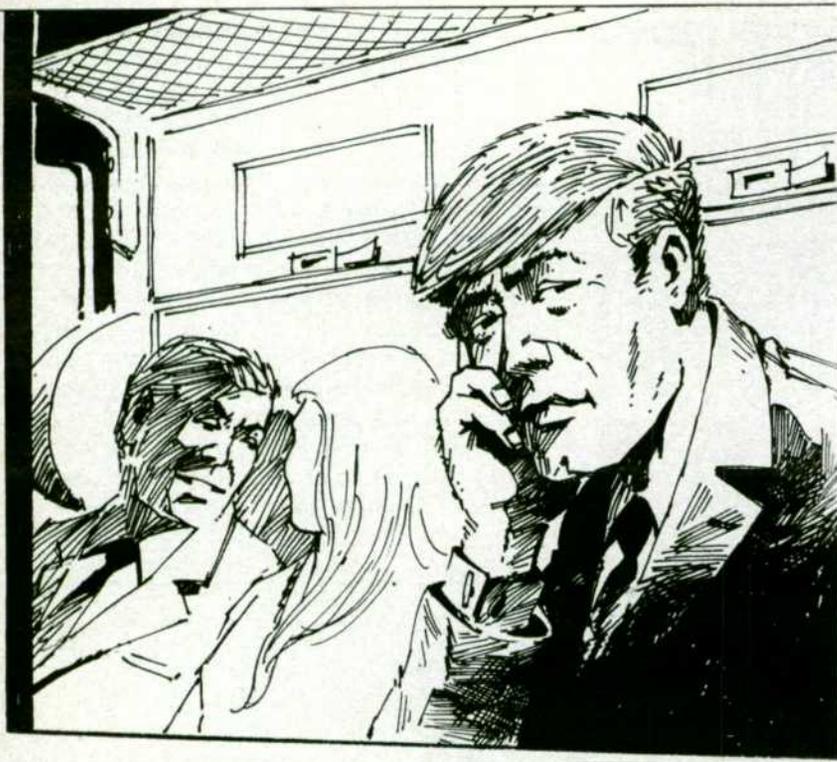
"El llamarles turistas resulta al menos un poco sarcástico..."

ditos, que le llaman mamá "porque la encuentran demasiado joven para llamarla abuela". Todas esas exhibiciones de felicidad a lo largo de varias horas, mientras desfilan por delante de las ventanillas Palencia y Burgos, Guadalajara y Zaragoza, Alcázar de San Juan y Córdoba, representan un acicate, una invitación clara a que el que escucha vaya desarrollando el pecado de la envidia. Porque el envidioso, cuando oye comentar los éxitos de otra persona, no piensa nunca ¡qué suerte tiene ese tipo!, sino, ¿por qué diablos a ése le va bien todo y a mí me va fatal?

(Aclaración importante. La mayor parte

todos los días, incluso más de una vez". "No tiene por qué preocuparse en absoluto — le contestó el médico —; le basta con imitarles y hacer lo mismo que ellos". "Pero, doctor, ¿qué dice? ¿Se imagina que no lo he intentado? ¡A mí me resulta imposible hacer el amor todos los días!". "No le he dicho que haga el amor todos los días, sino que haga lo mismo que ellos..., es decir, que mienta".)

A veces, la envidia, en el caso del ferrocarril, no nace en su seno, sino en su propia existencia. Es la envidia de quien no se mueve a quien lo hace, de quien permanece a quien se traslada, de quien no sa-



"Haga lo mismo que ellos. Es decir, mienta..."

Observaciones negativas sobre el feliz acompañante.

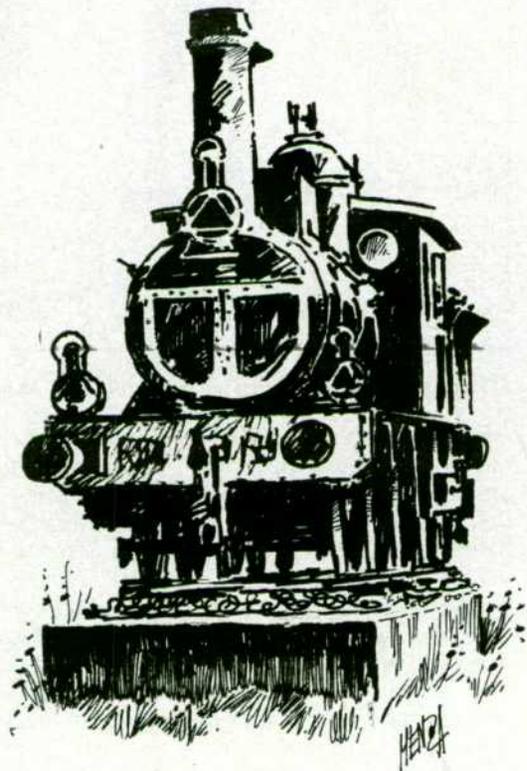
le de su casa a quien lo hace todos los días, de quien ve siempre las mismas paredes y el mismo árbol a quien visita muros lejanos y selvas exóticas...

Los lectores mayores de cuarenta años se acordarán; los otros, probablemente, no podrán imaginar que hubo un tiempo sin apenas cines ni televisión, en el que los habitantes de los pueblos en la tarde de los domingos iban a la estación a ver pasar el tren. Se vestían bien, tanto porque era fiesta como para mostrar que estaban a gusto en su condición de pueblerinos, pero en las miradas que dirigían a las ventanillas del tren se notaba su molestia ante esa gente que deslizaba sobre ellos una mirada indiferente mientras comentaba con su compañero de viaje algo probablemente interesantísimo sobre lo que acababan de ver en la capital que habían dejado o pensaban ver en la capital a la que se dirigían; hablaban de cosas que sólo podían ocurrir en ciudades de millones de habitantes, donde había mil aventuras todos los días en lugar del monótono quehacer del pueblo. Sí, había verdadera envidia en quienes nunca salían ante quien pasaba velozmente mirándolos apenas...

(No sabían, porque el envidioso nunca sabe estas cosas, que en esas miradas que ellos creían despectivas había a veces genuina admiración y que en las conversaciones aquellas, en vez de exaltación de la vida viajera, surgían notas llenas de irritación por el viaje.)

"La verdad es que no me apetecía nada, pero no tengo más remedio que ir; dicen que sin mí no puede firmarse el negocio..., y yo, que había pensado en quedarme tranquilamente a arreglar las plantas de la terraza y leer un poco...". Y las miradas que creían de compasión reflejaban quizá... "Mi-

ra a esa gente tranquila, sosegada, viviendo en un sitio pequeño, trabajando a su aire, sin contaminación, sin prisas, sin las mil tragedias que nos agobian a nosotros, comiendo cosas sanas y no las porquerías que tragamos nosotros en la capital". Y sin darse cuenta, cuando el tren partía, la voz interna del campesino sedente: "Qué envidia les tengo", coincidía con la del ciudadano viajero: "Qué envidia les tengo..."



"... situadas sobre el pedestal".

¿Son las máquinas susceptibles de envidia?, ¿de vanidad? Lo son en los cuentos infantiles, en los dibujos animados, donde todo puede tener vida: el automóvil, la roca, la Luna... y las máquinas de ferrocarril. En este sentido podría haber resentimiento y envidia en la vieja máquina de vapor cuando, arrinconada en la vía muerta, ve pasar orgullosa y segura de sí misma la Diesel último modelo.

Y, sin embargo, afortunadamente, la Humanidad está aprendiendo ahora a valorar más todas las bellezas que han sido. A pesar del materialismo de que tanto se habla, resulta que, al contrario del siglo XIX y parte de éste, empiezan a apreciarse las cosas antiguas en lugar de burlarse de ellas. Han nacido en todas partes los nostálgicos del pasado y de sus costumbres, y aquel "cacharro" abandonado en el pajar de una casa de campo resulta que tiene un precio fantástico en el mercado de coches antiguos; incluso los jóvenes, esos iconoclastas, se dan con el codo cuando pasa un Bugatti reluciente por el cuidado de sus propietarios.

Lo mismo está ocurriendo afortunadamente con el ferrocarril. Las viejas máquinas de vapor han pasado de "viejas" a llamarse "antiguas", un adjetivo distinto que indica admiración y no desprecio. Se las coloca en museos, se las resucita para viajes históricos que recuerden tiempos pasados, con el alegre grupo de viajeros ataviados a la usanza del tiempo en que reinaban sobre los caminos de Europa. Y cuando no hacen esto están activa, orgullosamente situadas sobre el pedestal de sus raíles en los Museos del Ferrocarril, que cada vez se multiplican más en el mundo. Aquella "antigualla" ha pasado a pieza de valor; aquello que servía sólo para chatarra, a obra de arte. En la vieja máquina, el dibujante de "comic" no puede ya imaginar a la pesada locomotora de vapor conturbada por la envidia al ver pasar el galgo de perfil afilado que tira de un Talgo de hoy. La vieja locomotora no tiene tiempo siquiera de sentir sentimientos tristes al ver pasar el nuevo tren. Está demasiado ocupada en acicalarse para que la encuentren guapa los admiradores que, ¡a sus años!, le han salido en número mucho más grande que en su época de triunfos. ■

F. D. P. Ilustraciones de MENDOZA.